

[www.elboomeran.com](http://www.elboomeran.com)

# **LA PERRA DE MI VIDA**

# I

«¡Rita!» Siempre había que llamarla cuando se la necesitaba. Desgañitarse hasta desgarrarse la garganta: «¡Ritaaaa! ¡Riiiiiiiita!» Nada. El grito se perdía entre las hojas, con un débil eco al fondo del pequeño valle.

Y de pronto surgía a toda velocidad, saltarina, despistada. ¡Siempre caprichosa! Febril, una vez que empezaba a correr. Cuando tomaba impulso, ¡se convertía en una flecha! Arremetía contra los animales, no se la podía parar: «¡Rita! ¡Quiieeta!» Aullábamos, sin apearle el tratamiento de puta o de bicho asqueroso.

Seguía a mi padre a todas partes. Mi padre no sabía cómo meterla en cintura ni prohibirle nada. Naturalmente, él jamás le pegaba, y la perra hacía lo que le daba la gana... como yo. Mi padre no me pegaba

nunca. Chillaba un poco fuerte, pero ni una hostia, nada de bastonazos. De modo que yo también lo seguía... Él caminaba delante, alto y delgado, un poco astroso, con la cabeza inmersa en sus cosas. Podría decirse que, simplemente, dejaba arrastrar su enorme sombra por el suelo, sobre las piedras. Nosotros éramos sus niños, Rita y yo (seres con quienes no sabía demasiado bien qué hacer, y a los que desde luego no quería obligar a trabajar).

Aquel hombre nunca supo dar órdenes... él mismo tampoco era un gran experto en obedecer. Era esencialmente indisciplinado. Nos parecíamos a él, Rita y yo: no se podía sacar nada provechoso de nosotros.

¡Ah, mi Rita! ¡Ella sí que pasaba de todo!

Resultaba molesto cuando mi padre iba a la casa de alguien con aquel chiquillo que seguramente habría estado mejor en cualquier otra parte, en la cama por ejemplo, que allí, pegado a sus piernas, en medio de unas conversaciones que no eran

para él, ¡y la puta perra! Mi padre andaba bien acompañado! ¡*Ouïssi!*\* La perra entraba en las casas detrás de él.

Hasta yo mismo me daba cuenta de la inconveniencia y me sentía molesto por culpa de Rita... ¡Verdaderamente mi padre no tenía ninguna autoridad! Cualquiera otra persona le habría gritado: «¡*Ouïssi!* ¡Vamos, *défora!*», y su perro habría salido, avergonzado, dócil, a esperar en el patio. Eso demostraba la buena organización de las casas, el orden que reinaba en las familias. ¡Pero, mi padre! ¡Ni siquiera la perra lo escuchaba!

Yo tampoco escuchaba, pero es diferente. Yo era un niño. Mi madre me criaba con la certidumbre de que acabaría mal. Me inculcaba las bases de una venganza pública, inevitable. Los correccionales no estaban hechos para los perros precisa-

\* Los términos occitanos se han mantenido en esa lengua. (N. del T.)

mente... Yo esperaba a todas horas que cayese sobre mi cabeza un castigo del cielo que pondría las cosas en su sitio. Pagarlas todas juntas. ¡Me la tenía bien ganada! De modo que podía ir a parar allí: el día menos pensado recibiría mi castigo, ¡mi indisciplina, todas mis majaderías purgadas de golpe! Y luego, de todos modos, vendría la cárcel, era previsible... Quizás el patíbulo que aguarda a todos los que han ido por mal camino.

Yo tenía un pase, ¡pero la perra! Era el escándalo en estado puro. Una mala bestia de su ralea nunca podría redimirse... ¡Para ella no había prevista una rehabilitación suprema ni un purgatorio! Sólo le quedaba la perspectiva, a veces sordamente evocada, de un fin prematuro... Cuando de verdad había tocado los cojones, mi madre (desgañitándose también) lanzaba la sugerencia de deshacerse de aquel sucio animal... de un modo violento, por supuesto. «¡Te caerá una desgracia encima,

ya verás!» Mi madre decía eso con un aire sombrío. En dialecto, naturalmente, la única lengua que la perra entendía...

«Total, ¿para qué sirve? ¿Tú me puedes decir para qué sirve?» Mi madre lanzaba la pregunta. La perra no era buena ni para el ganado ni para las personas... Si alguien se acercaba a la casa, ella daba dos o tres ladridos por la sorpresa, pero después nada. Le hacía carantoñas a cualquiera que llegase. ¡Sí! ¡Estábamos bien protegidos! «¡Desde luego se puede uno fiar de ella! ¡Qué vergüenza semejante perra!»

Pero cuando mi madre se exasperaba de verdad con la gandulería de la perra era al ver cómo los animales se escapaban de la alambrada sin que a Rita, aquella perfecta calamidad, se le hubiera pasado por la cabeza la menor idea de vigilarlos. ¡Menudas broncas le echaban! ¡Peor que a mí! «¡Nada más sirve para tragar!» La verdad es que comía como una lima. Una boca inútil. Como yo, aunque yo era alguien...

Rita, a fin de cuentas, no era mi hermana, no era nadie. Mi madre decía: «¡Sería mejor matarla y buscar otra, joder!». No había más que hablar. Si la ocasión se presentaba, veríamos qué ocurría. Mi madre, a veces, se ponía roja de ira, se quedaba sin aire, extenuada... Los sufrimientos le proporcionaban un punto de vista práctico: «¡Tanto alimentar a un perro tiene que servir para algo!».

Pero necesitábamos un fusil y, ¡mira por dónde!, estábamos en guerra. El pueblo se hallaba totalmente desarmado. ¿Qué hacer? Los fusiles de la parroquia habían sido entregados al Ayuntamiento. Yacían amontonados bajo el retrato del mariscal Pétain.

Rita había aprovechado la coyuntura de las hostilidades: éramos un pueblo vencido. ¡Sí, podía darle las gracias a los boches! Aunque, la verdad, yo sabía dónde estaba el fusil de mi padre, a sus anchas, si puede decirse de ese modo. Por-

que él había satisfecho la cuota entregando un viejo chisme, de la época de Matusalén, con el que hasta entonces yo me divertía. En el fondo, Vichy había requisado mi fusil. El otro, el Simplex de la fábrica de Saint-Étienne, mi padre lo había escondido, embadurnado de grasa, en el bosque, en el tronco de un castaño. Mi vieja espingarda valdría hoy una fortuna en cualquier anticuario, pero sigamos... Jamás, por ninguna razón, mi padre le habría disparado a la perra.

De modo que Rita pudo envejecer como cualquiera de nosotros. Con los años, la Liberación, y todo eso, adquirió una cierta cordura. Nadie volvió a hablar de cargársela más que de tarde en tarde, y sólo por decirlo... Hubo intención de amarrarla con una cadena para impedir que anduviera por ahí y que por lo menos la muy zorra guardara la casa... De tarde en tarde, y de manera teórica, se había considerado la posibilidad de ponerle un

collar. ¡Palabrerías! Veleidades sin consecuencias... ¡Para empezar habría hecho falta echarle el guante!

Era muy bonito decirlo, un collar... ¿Hecho de qué? No podíamos tener un collar de cuero, comprado, ¡con lo que habría costado! ¡No señor, muchas gracias! Los perros de campo no tenían ese tipo de refinamientos. Eso estaba bien para los perros de ciudad, tal como se veía en los libros ilustrados, unos perros que se llamaban Azor y que a veces llevaban un abrigo de lana roja... En último caso se le habría podido colocar un trozo de cadena alrededor del cuello, bastante corto, con los dos eslabones de los extremos atados con un alambre. Llegamos a planearlo... Pero no teníamos una cadena lo suficientemente fina, incluso creo que no teníamos cadena de ningún tipo. El debate sobre el collar reaparecía por temporadas y nunca llegaba a nada... Mi madre se lo echaba en cara a mi padre, ¡tan

holgazán! Aunque fuese una sogá, no era pedir nada del otro mundo: «¡Claro, tú en cuanto hay algo que hacer desapareces!»». Mi padre le respondía con una grosería del tipo: «¡Vete a la mierda!»». Estoy seguro de que, básicamente, mi padre no era partidario de ningún tipo de collar. Si lo cogías de buen humor soltaba una de sus pullas favoritas, de las que le servían para quitarse de en medio las cuestiones complicadas. Decía: «¡Hazme una paja!»». Mi madre, ya sin poder aguantar más, me decía: «¡Es un guarro!»».

Durante el invierno, la perra se acostaba tranquilamente debajo de la mesa, frente al fuego. En verano, cazaba moscas conmigo. Con un golpe seco de la boca, clac... ¡Era hábil a más no poder, mi Rita!

A la larga todo el mundo acabó resignándose a ella. Hubo que capitular, había lugar para la esperanza... Conmigo también. Yo crecía.